

VICENTE MEDINA Y SU REVISTA *LETRAS*

SANTIAGO LÓPEZ GÓMEZ

Hablar de Vicente Medina es hacerlo de uno de los poetas más conocidos y queridos de la Región de Murcia. Su poesía sencilla, tierna, profunda, nace de las raíces más hondas de esta tierra. Desde su aparición hasta nuestros días, siempre ha encontrado una gran aceptación entre los lectores de cualquier época porque en sus versos se encuentra lo más genuino e intrínseco del alma de las gentes de la huerta murciana, reflejando en sus versos unas costumbres, unos sentimientos e incluso una forma de vida.

Vicente Medina pertenece al grupo de poetas de finales del siglo XIX y principios del XX vinculados a una región concreta, los cuales no han tenido la fortuna de que su obra sea muy conocida y divulgada hasta fechas más cercanas. Fuera de esta región tal vez sólo sea conocido por figurar en casi todas las antologías su poema *Cansera*. Javier Díez de Revenga señala, con su característico acierto, que una de las causas de este olvido es porque “se trata de un poeta regional que escribió la parte más interesante de su obra, sus *Aires murcianos*, en lengua dialectal, dando entrada a una fonética y un léxico coincidentes con el habla murciana, que el poeta intentaba dignificar oponiéndose al denostado *panocho*¹. Esto unido a que el poeta, por diversas causas, se ve obligado a vivir más de treinta años fuera de España, concretamente en Rosario de Santa Fe (República Argentina), han motivado que durante largo tiempo su obra haya perdido actualidad e interés, si bien es cierto que desde hace unos años su figura y su obra son continuamente objeto de estudio y revisión.

La afición a la poesía le surgió desde muy pequeño. Su padre tenía un modesto puesto de libros y periódicos en Archena –su ciudad natal– que sirvió para que el niño Vicente –contaba ocho años de edad– entrase en contacto con numerosos autores y se aficionase a la lectura y a la poesía. Él mismo lo cuenta en *La canción de la vida*: “Yo leía mucho para matar el tiempo, en mi pueblecito y a los trece años ya había leído repetidas veces las obras de nuestros más populares poetas y novelistas, así como las de algunos extranjeros ya traducidos entonces:

1. Díez de Revenga, F. Javier: *Vicente Medina. Antología poética*. Clásicos Castalia. Madrid. 1999.

Zorrilla, Espronceda, Bécquer, Narciso Sierra. Campoamor, Núñez de Arce, Fernández y González, Alarcón, Valera, Trueba, Balzac, Lamartine, Víctor Hugo, Zola, Dickens, Julio Verne...”².

José García Vaso cuenta detalladamente como descubrió al poeta, hundido y oculto en un montón de versos infames.

“Volvía Vicente Medina del archipiélago filipino, en donde, como Cabo de Infantería de Marina, había prestado el servicio militar; trajo además de su correspondiente carga de ilusiones, un equipaje literario compuesto de dos tomos de versos, manuscritos a dos tintas, no de Cabo, sino de Sargento, que es la clase que tiene mejor letra en el Ejército; décimas, redondillas, quintillas, octavas reales, sonetos y demás fórmulas de la vieja poética erudita, llenaban aquellos tomos; y entre ellas, como avergonzados de verse con sus trajes humildes y su sencillo pergeño, en contacto con tanta aristocracia poética, unos cuantos cantares, que no parecían haber nacido para otra cosa, que para llenar el espacio sobrante en algunas páginas de aquellos libros magníficamente manuscritos.

Medina –continúa García Vaso– deseaba tropezar con alguien que supiera un poco de estas cosas; que leyera sus versos; que le dijera la opinión que merecían y que se la dijera lealmente, francamente, rudamente, ya que él, apercibido para lo peor, no pedía más que una limosna de sinceridad.

Por indicación de un amigo –era un amigo y le di las gracias, como dijo el poeta– tropezó conmigo y fui yo la víctima. ¡hace sesenta años!

Leí muy despacio aquellos dos tomos de versos y los leí delante de su autor; leía, leía, pero sin hacer un comentario, ni una censura, ni una alabanza. Y cuando acabó la fatigosa lectura, miré a Medina admirativamente y le estreché la mano.

– ¿Y bien...? me preguntó extrañado de mi silencio y del apretón de manos.

– ¿Francamente?

– ¡Francamente!

– ¿Rudamente?

– ¡Rudamente!

– Pues, ahí va, todo esto es muy malo.

No se inmutó. Cogió uno de los tomos y comenzó a rasgar sus hojas... y no me pude contener.

¡No, eso no, Medina exclamé arrebatándole el libro.

– ¿Pero si todo es muy malo, para que sirve todo esto?

– Perdón, amigo, **todo no**. Entre esa bisutería poética, hay algunas joyitas verdaderas, chispas fulgurantes de un alma de poeta, acaso de un gran poeta...

Lo que menos pensaba Medina era que fueran unos cantares lo que llamaba joyitas; y eran, en efecto, unos cuantos cantares emocionantes, que trascendían a poesía popular.

*No he tenido carta tuya
Pero de mi madre, sí;
Y no le escribo a mi madre
Y otra vez te escribo a ti.*

2. Medina Vicente: *De mi vida. La canción de la vida*. (pg. 173).

—No hay duda, Medina, usted lleva dentro un poeta; quizás un gran poeta; pero si sigue usted por ese camino —le dije señalándole el tomo mutilado— ese poeta no saldrá nunca. Abandone usted esas fórmulas poéticas, sin las cuales, por lo visto, cree usted que no se puede ser poeta y deje hablar a su musa en su lenguaje natural, en el de los cantares, en el de los romances y se sentirá usted poeta y no versificador, artista y no artesano... ¿comprende?

Medina comprendió; desplegó sus alas; alzó el vuelo y comenzó a publicar en *La Tierra*, sus *Aires murcianos*. ¡Unamuno, Azorín, Maragall, Bonafoux, Clarín, la Pardo Bazán y tantos otros, saludaron y enaltecieron al gran poeta que nacía!

Y todo por un cantar, por cuatro versos, por cuatro renglones al parecer sin importancia, pero que reflejaban, emocionantes, el hondo pesar, la angustia de aquel pobre mozo enamorado, que le había escrito dos veces a su novia, sin tener de ella contestación y ninguna a su pobre madre, que le escribía siempre”³.

El mismo Vicente Medina en un largo artículo titulado *Comienzos*, dirigido a los autores noveles, nos cuenta sus inicios en la poesía, su fracaso, sus dudas y temores y como hasta la edad de treinta años no publicó nada que mereciese la pena —según su propia opinión—.

“Yo tuve unos comienzos de pésima iniciación. Fue mi principio mil veces peor que el principio de vosotros.

Hasta la edad de treinta años, literariamente, no hice nada que mereciese la pena y hasta entonces, ni me publicaban nada en la gran prensa ni me conocía nadie. Hasta ese tiempo publiqué en los periódicos de mi provincia algunas cositas insignificantes y me conocían solamente en mis aficiones de poeta los cuatro amigos de nuestra peña “El Abanico” en el “Café de la Marina” de Cartagena.

En aquella época —sigue Medina— publicábamos nosotros un semanario titulado “¿...?” Hacíamos una tirada de doscientos o trescientos números que nos costaba unas quince pesetas. A pesar del pequeño presupuesto nos íbamos a la quiebra. En aquel papelito mis amigos y yo decíamos muchas barbaridades..., verdades de jóvenes inexpertos o sea no envilecidos, no prostituidos por la hipocresía social. Y en aquel tiempo fue el conflicto de España con Norteamérica por la voladura el Maine. Nosotros opinábamos contra aquella guerra... Eran ganas de arruinar más la patria y de sacrificar estúpidamente vidas de pobres soldados... Nuestro periodiquín era un peligro de tentación para decir cosas semejantes y, miserables cómplices nosotros también de la mentecatez nacional, cómplices en el pusilánime silencio, decidimos asesinar al pobre periodiquín... Aquel periodiquín valiente que había dicho muchas atrocidades, y que sentía tentaciones de decir aquellas otras barbaridades de la pobre patria ciega llevada a otra guerra estúpida...

Pues en la “¿...?”, en aquel periodiquín, yo di las primicias de *Murria* y de *Cansera*, el alma de aquella tentación de decir barbaridades...

3. Puig Campillo, Antonio. *Cancionero popular de Cartagena*. Cartagena, 1949. Prólogo de Don José García Vaso.

García Vaso, periodista y abogado, Alcalde de Cartagena y Diputado a Cortes. Fue muy amigo de Vicente Medina, su “padre espiritual literario” como el mismo Medina nos cuenta en varias ocasiones, por los consejos y ayuda que recibió en sus inicios de poeta de García Vaso.

“Por esa sendica se marchó aquel hijo
que murió en la guerra...”

Y la tentación me ha seguido y me sigue; toda mi obra no ha sido más que aquel grito contenido, reventando unas veces, las más en sollozos y quejas tristísimas y otras explosiones y gritos de ira justificada.

Hasta los treinta años, como digo, no escribí nada que mereciese la pena. “La primera producción”. Drama en tres actos y en verso (¡más de diez mil versos!) fue mi primera obra seria. Gracias que me puse serio y la quemé. Estuve, al quemarla, verdaderamente inspirado. Aquel dramón era una terrible indigestión de obras de Echegaray, Leopoldo Cano y otros grandes y aplaudidos autores de la época.

Escribí también una pieza cómica en un acto, titulada *Los cambios*, mil veces peor que el drama. Lamento siempre que el manuscrito fue de un amigo a otro y lo perdí, no pudiéndolo quemar también. ¡Hay de mí si aparece!

Antes de esas obras dramáticas, mientras estuve en Filipinas de cabo de Infantería de Marina, escribí composiciones muy levantadas: *¡Fuera los frailes!*, *¡Unión, republicanos!*, *¡Libertad!* y otras... pero ¡Dios mío todas en octavas reales!...

Mal se avenían las ideas aquellas liberales con los ripios reales de las octavas, y quemé todo aquello luminosamente aconsejado por mi amigo José García Vaso, que ha sido mi padre espiritual literario, así como Azorín fue después mi padrino de pila, dándome nombre.

Pero hay algo más terrible:

Más al principio de mis comienzos, casi en mi edad de piedra, (el ripio lo justifica), yo leí la *Vida de Cervantes*, por Fernández y González, me parece, y, entusiasmado, le escribí un soneto a Cervantes.... ¡Ay de mí! No fue lo malo escribirlo, sino que lo pegué con obleas en la tapa anterior del libro y Dios sabe por donde estará aquel soneto... ahora para el centenario del pobre Cervantes vendría bien hallarlo y, junto con otros tan alevosos que le dedicarán quemárselo en ofrenda...

Con todo esto que os cuento, jóvenes autores noveles, quiero alentaros. Mi historia humilde es la historia de muchos grandes artistas que alcanzaron gloria... Los que la alcanzaron muertos nada de ella supieron... Pero, en cambio, tampoco saben nada de ella los que la alcanzaron vivos, porque ¿qué es la gloria?”⁴.

Aparte de estas referencias sobre sus primeros pasos como autor novel, Vicente Medina nos ha dejado otros varios testimonios de estos inicios, algo que le marcó profundamente en su vida y que para evitar desalientos y abandonos en los que comienzan, con gran sencillez lo cuenta para que les sirva de ejemplo y de guía.

En un interesantísimo artículo titulado *Pequeñas andanzas de un autor novel*, nos relata algunas anécdotas y su relación literaria con Martínez Ruiz, Azorín, Don Juan Valera, Unamuno y Núñez de Arce, en el que con su estilo desenfadado, cercano, directo, nos ofrece un amplio

4. Revista *Letras*. núm 8, 15-4-1916.

panorama del mundillo literario de aquella época. Creemos que por su extraordinario valor testimonial merece la pena reproducirlo íntegramente.

Nos parece que fue Azorín quien estuvo en Oviedo y visitó el despacho de Clarín. Queremos recordar que, de la lectura de aquella visita, nos impresionó mucho el detalle de haber visto Azorín en el despacho del maestro montones de libros sin cortar, sin abrir quizás sin romper la faja de correos...

La emoción, la tristeza de aquel detalle, la sentimos todavía... Hemos sido jóvenes, hemos escrito un libro y, poniendo en él nuestras ilusiones y nuestras esperanzas y una dedicatoria de acatamiento y ruego, lo hemos mandado al maestro... Y aquel libro (sin abrir, sin romper su faja siquiera, ignorada aquella dedicatoria humilde y cariñosa que pedía una mirada y un momentito de atención) ha quedado arrojado sobre el montón y hundido por otros que corrieron la misma suerte y que fueron tirados allí como víctimas... ¡Oh, la queja, la cariñosa súplica de aquellas dedicatorias ahogadas en aquel montón de esperanzas y de ilusiones!...

¿Y qué culpa tenía el maestro? ¿Cómo iba a leerlo todo? No tenía tiempo. Atendía su cátedra, escribía críticas y críticas, traducía y, finalmente, era artista, era pensador, y él también quería escribir, dar su corazón y pensamiento.

Apenas había, ni ha habido después, otro crítico asiduo como Clarín; recibiría montones de libros diariamente... ¿cómo leerlos todos ni hojearlos siquiera?

Paseábamos un día con Azorín y nos parece que nos dijo:

– Mi “Sociología criminal” no la ha leído Clarín. Se ha ocupado de ella ateniéndose a lo que de ella le digo en mi propia carta.

Cuando nosotros comenzábamos, comenzaba también Azorín a darse a conocer. Por cierto que tuvo que apelar a fuertes gritos de rebeldía para que fijasen en él la atención. Mandamos entonces a Azorín algunos recortes de nuestros versos: “Amurria”, “Cansera” y otros y en la carta le decíamos más o menos: “Si es usted como tantos otros, no nos hará caso, no nos leerá siquiera”... Y Azorín no fue como tantos otros: nos leyó y publicó en “El Progreso” artículos que nos dieron a conocer y que nos alentaron. Azorín nos sacó de pila y siempre se lo agradeceremos con toda el alma.

Nosotros hemos trabajado mucho porque nuestros trabajos sean conocidos, sancionados, aconsejados, y hemos sufrido (¡Oh, fecundo sufrimiento!) para llegar a nuestro fin.

Los mismos amigos buenos que nos aplaudían y alentaban, nos ha llamando “lata” y nos han mandado a paseo alguna vez.

En una ocasión quisimos leer nuestro drama “El rento” a estos amigos y prometimos antes, para atraerlos, convidarlos a pastelillos. Comenzamos la lectura comiendo pastelillos y cuando se acabaron éstos, fueron desertando los amigos poco a poco con distintos pretextos. Seguimos leyendo, no obstante, reconocidísimos a un señor de edad que pacientemente nos escuchaba. Era en el Ateneo de Cartagena. Nuestros amigos jugaban al billar en una sala próxima, haciendo la digestión de los pastelillos. Llegamos al final de la lectura y miramos al señor que nos seguía escuchando. Aquel Señor era Don Juan Miguel López y dormía profundamente.

Otra vez, en aquella ciudad provinciana, habíamos recibido la carta de Don Juan Valera que figura en nuestro libro "Poesía". Hicimos un viajecito a Madrid a otras cosas y quisimos ver a Don Juan, ya estaba ciego, para agradecerle su carta. En la antesala de la casa de Don Juan nos recibió una sirvienta tan fina, tan culta y tan amable, que merecía ser reina, no de la casa de Don Juan Valera, sino de un palacio.

La sirvienta nos hizo sentar y tomó nuestra tarjeta. Nosotros no íbamos lujosamente portados. Íbamos modesta y pulcramente vestidos. Acaso nuestro gabán tenía un corte provinciano, tal vez, algo corto de mangas, dejaba asomar un poco (detalle de mal gusto) las de nuestra americana... quizás también llevábamos el calzado un poco empolvado: habíamos llegado a pie. A poco de sentarnos, salió la señora de Don Juan Valera trayendo nuestra tarjeta en la mano, y muy disciplinente y altiva se nos dirigió de este modo:

– ¿Qué deseaba usted?

– Señora... (poniéndonos de pie) ver a Don Juan Valera.

– ¿Y quién es usted?

– He dado mi tarjeta, señora.

– ¿Usted es Vicente Medina?

– Si, señora.

– ¿Y usted piensa que basta ser Vicente Medina para ver a Don Juan Valera?

En esto, y gracias a Dios, al destemplado tono de la señora, acudió Pedrito, el secretario particular de Don Juan, y nos hizo pasar al despacho, dándonos excusas, justificando la acritud de la señora por los continuos sablazos de que era víctima Don Juan por parte de los bohemios y escritores de mal pelaje. Yo me acordé entonces de aquellos elegantes abrigos de pieles y de aquellas chisteras alisadas que al diputado de nuestro pueblo le abrían las puertas de los salones, a pesar de que el diputado era tonto de nacimiento y sólo sabía decir, como un lorito, cuatro correctas vulgaridades.

Nos compensó el recibimiento cariñoso de Don Juan Valera y de su secretario Pedrito, que con su exquisita amabilidad y cultura nos borraron el mal efecto de aquel impertinente:

¿Quién es usted?

¡Oh! También nos compensó la deliciosa amabilidad de aquella sirvientita haciéndonos sentar... De aquella sirvienta culta y delicada que merecía no digo ser la reina de la casa de Don Juan Valera, sino de un palacio.

Unamuno estuvo en Cartagena de mantenedor de unos juegos florales. Ejercitaba su apostolado. Fuimos a verle a la casa en donde se alojaba y estuvimos con él en su habitación. Nos llamó la atención su baúl de viaje: era un baulito de estudiante, diminuto y casi vacío. Lo abrió ante nosotros para sacar unos papeles, y había eso: papeles, alguna ropita blanca y un levitón negro. "No gasto corbata –nos dijo– uso chaleco cerrado hasta arriba".

A Martínez Ruiz (Azorín) lo vimos en Madrid. Vivía en una casa de huéspedes. Nos hizo pasar a la habitación donde trabajaba. –He terminado ahora mismo "La evolución de la crítica", nos dijo.

Efectivamente allí estaba la obra. Había una mesita de pino humildísima, de tres pesetas, y sobre ella un tintero de los de a diez céntimos, tres o cuatro cabos de pluma de los de a cinco

céntimos y una botella grande tinta, pero vacía... Todo el piso de la habitación estaba cubierto de cuartillas manuscritas que el escritor había arrojado al suelo para no perder tiempo en secarlas... aún estaba en algunas la tinta fresca, la tinta de los grandes y gruesos caracteres, y las plumas estaban embadurnadas y había tinta en la mesa, del sacudir de la pluma, como si, en una fiebre de escritor, la tinta sobre las cuartillas, y las cuartillas por el suelo, se hubiesen derramado fluidas y abundantes como las ideas.

Acompañados de Azorín fuimos a visitar a Núñez de Arce. Núñez de Arce era académico y nos recibió en un gran salón aristocrático alfombrado y ricamente amueblado y lleno de chucherías.

Recordamos de aquella visita un soberbio y rico escritorio que había en un extremo del salón y en donde nos recibió Núñez de Arce.

Nos impresionó, me impresionó a mí, vivamente, aquel escritorio, porque había en él un tintero de nácar que jamás había contenido tinta y una pluma de oro no mojada en el tintero nunca... Aquel aparatoso escritorio sin tinta y sin cuartillas borroneadas, nos dejó helados⁵.

Vicente Medina ha sido relativamente estudiado como etnólogo, como costumbrista y sobre todo su labor como poeta, sin embargo, su faceta como periodista es poco conocida, tal vez porque esta actividad la desarrolló durante su larga estancia en América del Sur, concretamente en Argentina, donde fundó una revista llamada *Letras* y la divulgación de sus artículos y escritos ha sido escasa.

Esta revista de Vicente Medina comenzó a publicarla en Rosario de Santa Fe –República Argentina–, el día 1 de enero de 1916, redacción y administración situadas en la calle Mendoza núm. 1586. A partir del 1 de junio del mismo año (núm. 11), se trasladará a la calle Entre Ríos nº 958. Se trata de una revista literaria y de opinión, con ausencia total de fotografías, dibujos o grabados de cualquier tipo. Medina es el creador y único redactor.

Esta revista no se sirve por suscripción, no tenemos tiempo. El poeta la escribe, la corrige, casi la compone y la da a la máquina, la empaqueta y la lleva al correo y hace de repartidor y de todo. En ello no tenemos desdoro. Tenemos la soberbia de la humanidad, como nos dijo una vez nuestro amigo José García Vaso.

Pero esta revista se puede pedir a las librerías⁶.

En la cabecera de la revista indica que las horas de redacción son de 8 a 9 de la noche, aunque no hay duda de que tuvo que dedicarle muchas más horas para sacar adelante los diferentes ejemplares de la revista. En las veinticuatro páginas del núm. 1, publicada el 1 de enero de 1916, sólo aparece la firma de Medina, excepto un poema de Amado Nervo *Vieja llave* del libro *En voz baja* y otro de Rabindranath Tagore *Canción sin sentido*, de su libro *La luna nueva*. En este primer número predomina la prosa sobre la poesía y la mayoría de los artículos reflejan la profunda preocupación de Vicente Medina sobre las calamidades de la

5. *Letras*, núm. 3. 1-2-1916.

6. *A nuestros lectores*. *Letras*, núm. 5, 1-3-1916.

Gran Guerra que por aquellas fechas estaba asolando a Europa. Respecto a los poemas, la mayoría de ellos ya habían sido publicados anteriormente: *Es el tiempo de sembrar* del libro *Canciones de guerra* o *La Navidad de la guerra* de *El libro de la paz*, y otros son menos conocidos como *El viaje por la vida*, *¡Vuelve palomita!*, *Desvelo* o *El animal*.

Las razones o motivos que impulsaron al poeta de Archena a escribir y publicar *Letras* son varios: económicos, literarios, poder exponer sus ideas, deseo de ayudar a los autores noveles... Pero veamos como el propio Medina en el artículo *Unas palabras*, que viene a ser como un manifiesto literario y en el que se percibe nítidamente su talante liberal y poco académico, que abre el primer número, explica con detalle todas las causas que le llevaron a iniciar esta aventura literaria.

Esta revista viene a llenar una gran necesidad... una gran necesidad de nuestro espíritu. Viene también a llenar un vacío... uno muy grande y espantoso, que invade al mundo; la universal vaciedad.

¿Sirve para maldita cosa la literatura?

Si: para mortificar a los estudiantes en los forzados cursos que de ella imponen todas las Universidades e Institutos, sin práctico objeto alguno, francamente; y para molestar a los lectores (mayoría de mercaderes e industriales) que al hojear diarios y revistas buscando anuncios, cotizaciones, crímenes y política, pasan rápidamente las páginas de versos y de prosa literaria haciendo ¡fu! como el gato: "¡Qué peste de literatura!", exclaman.

Estos lectores tienen razón: las revistas y diarios aún suelen publicar vergonzosamente alguna cosita que otra, literarias, en contra, por cierto, de sus intereses, pues molestan a su público. No deben publicar nada absolutamente de literatura, perseveren en el ejemplo de esas grandes revistas de Norteamérica, ejemplo que ya siguen otras muchas de Europa. Se impone la cultura práctica. ¡Fuera lirismo!

Nosotros tenemos nuestras rarezas pero somos razonables y vamos a ser sinceros. Esta revista que sera literaria y de ideas, la publicamos solamente para unos cuantos raros como nosotros. Al gran público devorador de anuncios, cotizaciones, política y demás crímenes, le recomendamos las otras revistas vergonzosamente literarias y, mejor, los catálogos de las grandes tiendas y bazares.

Esta revista la publica un poeta que es empleado de comercio. Este poeta conoce así lo ideal y lo práctico y, por eso, lo ideal y lo práctico formarán el carácter de esta revista.

¡Ojalá pudiésemos abrigar la ilusión de llevar a los hombres esta redentora teoría de lo ideal y lo práctico!... ¡Pero no nos hacemos ilusiones!

En estas páginas el poeta irá dando versos e ideas: lo suyo y lo de otros. Para nada nos preocuparemos de que lo que hayamos de publicar sea o no inédito. Trataremos de que sea selecto, o cosas que en sí encierren algo bueno.

Nos ocuparemos también de trabajos literarios de autores noveles, principalmente, publicando y comentando lo que podamos. Nuestra crítica será sincera, mesurada y breve.

En una sección titulada "Correspondencia" contestaremos las cartas.

Devolveremos personalmente en nuestra redacción a los autores los originales que no publiquemos, y les instruiremos "en el oficio" en la parte que podamos, sin endiosarnos. Sabemos tratar bien a las personas, porque hemos sido tratados mal muchas veces.

Hay grandes revistas que se han formado y hecho poderosas y ricas, a la sombra de literatos y artistas que siguen siendo pobres. Y estas revistas hoy ponen en letra muy visible en todos sus números un cartel de ignominia que dice más o menos: "No contestamos las cartas ni acusamos recibo de libros ni de originales. Los originales no los devolvemos. Pagaremos sólo aquello que nosotros solicitemos y publiquemos cuando nos convenga".

Verdaderamente estas revistas, mejor dicho estas empresas, hacen bien, porque para ellas lo de menos es ya la literatura y el arte.

Nosotros no pagaremos, por ahora lo que publiquemos...pero tampoco pensamos cobrar nosotros.

Esta revista será muy personal, muy del poeta que la publica. Sépalo el público para no llamarse luego a engaño. El poeta publicará muchos trabajos suyos, pues en esta revista quedará finalmente recopilada toda su obra⁷.

En definitiva la revista *Letras* es una publicación muy personal, muy del gusto del poeta que la escribe. Algo que desde el principio desea que quede muy claro para que ninguno de sus lectores pueda llamarse a engaño, y en la que publicó muchos de sus trabajos porque – como él mismo nos dice– deseaba que en la citada revista quedara finalmente recopilada toda su obra, un deseo que no pudo llevar a cabo.

Como hemos señalado anteriormente la revista *Letras* no es uniforme, ni en la exposición de sus escritos, ni en temas, ni en autores, tampoco tiene preferencia por la poesía o la prosa, más bien parece que Vicente Medina según su criterio o inspiración en un momento concreto va publicando lo que a él le parece conveniente, incluso, a veces, se nota como algunos relatos o poemas están insertados en la revista para salir del apuro o necesidad de cerrar el número y que éste pudiese llegar a sus lectores.

Los diferentes poemas que aparecen en los catorce números que hemos estudiado, desde el 1 de enero de 1916 al 31 de diciembre de 1916, se pueden clasificar en tres grupos:

1.- Los que llevan la firma de Medina son los más numerosos. Estos poemas, en conjunto, son muy variados, pero se pueden agrupar según el tema que tratan, entre otros, en estos apartados:

- a) Poemas dedicados a la muertes de su esposa, **su compañera**, como el poeta la nombra constantemente. Este grupo es el más numeroso⁸.

7. *Letras*. núm. 1, 1-1-1916.

8. Josefa Sánchez Vera, su *Compañera*, falleció en Rosario de Santa Fe, el día 29 de junio de 1916, a las 6.30 de la mañana.

- b) Poesías que giran en torno a la guerra y las consecuencias tan nefastas que ésta causa en los pueblos y en las gentes que la sufren.
- c) Poemas relacionados con lo divino (Dios, Cristo, Santos).
- d) Poemas variados, donde los temas son muy distintos. Unos de tono patriótico y sociales, otros para niños, un poema dedicado a la Reina española D^a Victoria Eugenia y el resto de distinta índole.

2.- Los firmados por autores extranjeros, la mayoría de ellos sudamericanos (Rubén Darío, Amado Nervo, Montiel Ballesteros, Baldomero Fernández Moreno), pues no hay que olvidar que la revista se publica en Rosario de Santa Fe (Argentina).

3.- Autores españoles, pocos, únicamente cinco, destacando Luis Fernández Ardavín, con tres poemas, Miguel de Unamuno con dos y Ricardo Gil, Emilio Carrere y Gustavo Adolfo Bécquer, con uno sólo.

Los más numerosos son los escritos en prosa y a los que Medina dedica más tiempo y atención. Los hemos agrupado en cuatro grandes apartados:

- 1.- Temas políticos.
- 2.- Crítica literaria.
- 3.- Relacionados con su esposa.
- 4.- Asuntos variados.

En cuanto a artículos en prosa de escritores españoles, Medina recoge en su revista a los siguientes: Miguel de Unamuno, Martínez Ruiz, *Azorín*, Mariano José de Larra, Ramiro de Maeztu, Pío Baroja, Julio Casares, Cristóbal de Castro, Camilo Barcia Trelles y José Piñero Martínez.

Unamuno, con ocho artículos, es el que más veces aparece su firma, después, con tres artículos cada uno, Azorín y Maeztu, y el resto con un artículo.

A continuación reproducimos el facsímil del núm. 12 de la revista *Letras*, publicado el día 15 de junio de 1916, aniversario de la muerte de *La Compañera*.

Vicente Medina con motivo de este triste acontecimiento en su vida escribió este bellissimo relato, titulado *Rinconcito de paz*:

“En Rosario de Santa Fe (República Argentina) en el cementerio de La Piedad, lote 29, letra A, solar 7, parte antigua, hay un terrenito de 2 ½ x 5 metros, cercado de una sencilla verja de hierro y ladrillos. En la verja hay dos lápidas de mármol negro: una pequeña, al frente que dice:

RINCONCITO DE PAZ
DEL POETA VICENTE MEDINA
Y DE LOS SUYOS

En la otra lápida, que es grande y que está parada y sujeta a la verja, al fondo, reza así:

AQUÍ DUERMEN EL DULCE SUEÑO
JOSEFA SÁNCHEZ VERA, DE 48 AÑOS
ESPOSA DEL POETA

En esta piedra negro seguirán los nombres de los que allí vayan a dormir el dulce sueño de la muerte.

En el rinconcito aquel hay cuatro cipreses y rosales, nardos, violetas...

La esposa del poeta, la dulce compañera, que era buena y humilde y que amaba las flores, ha sido enterrada allí en plena tierra en un ataúd sencillo, y es su propia vida cada flor que allí nace; vida que se convierte ahora en flor y perfume...

Y son los versos de este libro, el hálito más puro de su vida, son ella misma transformada en poesía... Su alma recogida por mí en su último aliento, son estos versos...

Ella, la dulce compañera, ya va conmigo a todas partes... De ella, como hilo purísimo de lágrimas, mana el triste venero...”

Culto Aniversario de
"La Compañera"

Mi mujer murió hace un año, el 29 de Junio de 1915, día de San Pedro. Le hemos levantado un altar de recuerdos, pensamos en ella con devoción encendiendo nuestros sentimientos, y hemos hecho un delicado culto de su memoria...

Para nosotros no ha muerto, parece que está ausente, que está cerca... su evocación entre nosotros es familiar, natural, dulce, sencilla... plácidamente, sin nada de lo tétrico de la muerte, la mentamos:

—La mamá hacía así tal comida... A este dulce le echaba tal cosa...

—Cuidaba así los pájaros, cuidaba así las flores... Hacedlo así, como ella lo hacía es mejor... Y las comidas y el dulce y todo, cuando lo haceis como ella, sabe mejor...

—Sí, sí, lo haremos.

—Fulano dice que la mamá, en vida, concedió que tal cosa fuera así...

—Pues así... que sea lo que quiso la mamá... hágase su voluntad...

Y sentimos como si mi mujer nos estuviese oyendo y ajustamos nuestra conducta como para no disgustarla, como si hubiera de volver y hubiera de sonreirnos complacida...

*

Hace un año que "La Compañera" descansa á la sombra de unos cipreses y de unos rosales... Todos los meses visitamos aquel rinconcito de paz, le llevamos flores y mullimos la tierra que como un majo cobertor cubre la cama de su eterno reposo...

Este mes de Junio, el día 29 á las tres de la tarde, en el Cementerio de la Piedad, parte antigua, nos reuniremos para el aniversario de su muerte los que la amábamos y los que por el poema de nuestro sentimiento se sientan atraídos á la dulce manifestación... Le llevaremos flores del jardín que cuidaron sus propias manos, arrullaremos su santo sueño con una delicada música y diremos á su oído, pensando que nos escucha, dulces palabras y versos como benditas oraciones...

Sabedlo, amigos y sentimentales: estas páginas que compendian nuestro sencillo culto al año de su muerte, son un manojito de flores del altar de sus recuerdos, frescas de ternura y saturadas del aroma delicado de su memoria...

Vicente Medina

Frío

Ha pasado un año desde que te fuiste...
te fuiste en invierno...
ha pasado un año...
los fríos han vuelto...

Fríos son los días
y solo me veo...
fría está la casa
y es frío el silencio...
¡fría está la cama desde que te fuiste,
lo mismo que el hielo!...

Ha pasado un año desde que te fuiste
y la primavera para mí no ha vuelto...
¡Desde que te fuiste,
el frío lo tengo
metido en el alma.
metido en los huesos!...

Vicente Medina

No lloremos á los muertos

¡Quién tiene razón, los que creen que los muertos desaparecen definitivamente, para siempre, ó los que creen que sus muertos no han cesado de vivir, y creen que los ven, que los oyen, que los sienten?

¡Sabemos qué es lo que muere en nuestros muertos, ó si hay algo que muere?

Cualquiera que sean nuestras religiones, siempre hay un lugar donde no pueden morir nuestros muertos. Este lugar es dentro de nosotros.

Debemos vivir con nuestros muertos, vivir con ellos, sin tristeza y sin terror. Ellos no piden lágrimas, sino un dulce afecto.

Hay quienes llaman á sus muertos, mientras nosotros arrojamlos y ahuyentamos á los nuestros; les tenemos miedo, y ellos comprenden, y se van, y nos dejan para siempre. Necesitan que les amen tanto como los vivos.

Mueren, no en el instante en que se hunden en el sepulcro, sino lentamente, al hundirse en el olvido. Es el olvido quien los mata definitivamente. No debemos permitir que sobre ellos se acumule el olvido.

No hay sepulcro, por más profundo que sea, cuya losa no puede ser levantada y cuya ceniza no pueda ser removida por un pensamiento.

No habría diferencia entre los vivos y los muertos si supiéramos recordar. No habría más muertos. Lo mejor que tenían vive con nosotros después que el destino los llevó de nuestro lado. Todo su pasado es nuestro, y es más grande que el presente, más cierto que el futuro.

La presencia material no es todo en este mundo, y podemos dispensarnos de ella sin desesperar. Nosotros no lloramos á los que viven en países que nunca visitaremos porque sabemos que depende de nosotros el ir á encontrarlos.

Sea lo mismo con nuestros muertos. En lugar de creer que han desaparecido para no volver nunca, pensemos que están en un país al cual todos iremos un día — un país que no está tan lejos.

El recuerdo de los muertos es más fuerte que el de los vivos: es como si estuvieran tratando por su parte, en un esfuerzo misterioso, de unir sus manos con las nuestras.

Llamad á vuestros muertos antes de que sea muy tarde, antes de que estén muy lejos. Vendrán y se acercarán á vuestro corazón. Os pertenecerán como antes. Pero ahora serán más bellos, más puros...

Mauricio Maeterlinck

Nada?!

—
Todo es nada — me dijo — ¡Pero cómo lo que ha sido podrá dejar de serlo?
¡Adónde vá el perfume de las flores y adónde va la luz de los luceros!
¡Adónde la sonrisa y adónde los ensueños!...
¡Adónde este cariño: sonrisa que se pierde, luz de estrella lejana y perfume y ensueño!...
Si tú ya no eres nada ¡á quién yo le suspiro!
y á quien, si no eres nada, yo acaricio y deseo!
Si tú ya no eres nada,
¡á quién adoro y quiero!
¡Cómo puedes ser nada, vida mía, si más te vivo ahora que te has muerto!
Cómo puedes ser nada si, como si te hubieses al morir, en mi alma y en mi cuerpo, derramado y fundido, me llenas corazón y pensamiento?

Vicente Medina

Tóico!

—
Abora es un pobre puñao de huesos que está enterraico dentro de aquel hoyo...
naíca pal caso, naíca pal mundo,
¡manque es pa mi tóico!

Vicente Medina

Su sonrisa

Si fuéramos músicos, recogeríamos en un poema musical las más delicadas notas de nuestro espíritu para arrullar con ellas de nuestra compañera el dulce sueño...

Suenen como dulce música á su oído los versos de otros amores llorados...

Ella sabía que éramos poetas y que había nuestro corazón amado más de una vez... Ella, que nos miraba con un dulce reproche por nuestro frágil sentimentalismo de poetas, quizás desde la región de los espíritus comprenda y vea bondadosamente nuestras flaquezas y nuestras inquietudes...

Al pensarlo así nosotros, todo nuestro amor, en una purísima nota de sentimiento, hoy es para ella... ¡y ella, seguramente, nos disculpa, sonriéndonos!...

Vicente Medina

Josefica

Josefica, Josefica,
rosa fina de la huerta,
tan bonita, tan graciosa,
tan natural y tan buena,
tan modosa y tan poquico
creida de tu belleza,
que tomas lo que te dicen
á chanza, si te requiebran;
que si te cantan, que cantan
por otras mozas te piensas,
y la cara, si te miran,
te se enciende de vergüenza...

Cerró sus ojos negros

Cerró sus ojos negros...
Cerró ya para siempre
sus grandes ojos negros
la reina de la fiesta...

La reina de la fiesta

Me espera...
durmiendo eternamente
debajo de unas flores
mi reina de la fiesta...

En la senda

Parece que el tiempo no pasa... Me acuerdo
como si ahora fuera...
Cantando y dichoso
corría la senda,
y tú me esperabas...
¡Ya nadie me espera!

¡No fué solo un sueño... no fué solo un sueño
de dolor, la ausencia!...

La cita

Me esperas, sí, me esperas... es la verdad sin dudas.
la dulce luz del alba... ¡del alba de los tristes!..
Me esperas y yo aguardo... Me arrulla en mis em

la vaga y misteriosa canción de lo infalible... (1)

Me esperas y yo aguardo...
¡más tarde ó más temprano, también he de morir

Vicente Medina

La despedida

Tu ropica dominguera
te vistieron de mortaja,
y tu mantilla española
te pusieron por más gala.

¿A dónde te ibas de fiesta?
¿A dónde te ibas tan maja?
¡Sonrírte parecías
y tan rebonica estabas!...

¡La blonda de la mantilla
qué bien le hacía á tu caral...
fué tu mantilla de bodas...
¡ay lo que me recordabal!...

A despedirnos de tí
entramos donde te hallabas:
las nenaz iban conmigo...
¡pedazos de tus entrañas!...

A despedirnos entramos...
las nenaz me acompañaban...
para tí con tu mantilla
fueron las dulces patatas...

A despedirnos entramos...
¡nunca los ojos te hallaran
con una paz tan hermosa
y tan rebonica y maja!

Nos parecías más joven,
nos parecías más blanca...
¡nos parecía que á gusto
dormías y descansabas!...

¡Qué ilusión! Feliz y hermosa
á nuestros ojos estabas...
¡qué ilusión!... y estabas muerta
¡y ya, mi bien, no eras nada!...

¡Ay cuando los ojos miran
lo que adoran y se acabal...
¡saber que no volverían
á verte nuestras miradas!

Nunca tan feliz y hermosa
nuestros ojos te encontraran...
¡y es que por última vez
nuestros ojos te miraban!

Vicente Medina

La Visita

Al rinconcito en donde el dulce sueño duermes,
á verte hemos venido, Josefa...
¡Nos ves! ¡Nos sientes! ¡Sabes quiénes hemos venido
Muy cerquita me tienes con las nenaz...

¡Nos ves? Sonríenos y no te aflijas...
¡porque pienso con pena
la que será tu angustia, si es que nos ves llorando
¡y quieres sollozar bajo la tierra!

Vicente Medina

La Verjita

Hay tumbas olvidadas, tumbas abandonadas
y tumbas visitadas y queridas...
Las hay con las señales del dolor y el cariño
recientes todavía...
las hay con las señales borradas, arrancadas,
rotas y emmohecidas...

Tu sepultura está llena de flores
y aún se nota la tierra removida...
las flores están frescas... ¡no están lejos
ni el dolor ni las manos que las cuidan!...
Pero el tiempo!... estas flores las barrerá... los már
(moles
se romperán y en ellos se borrarán tus cifras...
¡y herrumbrados, torcidos y arrancados,
los hierros se verán de la verjita!

Vicente Medina

¿Somos creyentes?

Crear ó no creer...
¡Pero es que está en nosotros!
¡El dudar ó creer son atributos
de nuestra voluntad!
Y los hipócritas
que nos lanzan terribles anatemas
por nuestro descreimiento,
¿tienen fé en algo?
¿saben lo que es la fé?
Esta duda, este anhelo del espíritu,
esta ansia ultraterrana,
(pero no concretada
en mezquinas absurdas concepciones)
¿no son la fé!...
Los del amor divino,
los del alma elevada,
los de la fé encendida
¿no seremos nosotros!

Vicente Medina

El reino de Dios

Preguntaron á Jesús sus discípulos cómo era su reino de Dios. Contestóles él: "El reino de Dios que os anuncio, es el mismo reino que anunciaba Juan. Consiste en que todos los hombres, por miserables y desheredados que se vean en el mundo, puedan ser dichosos".

.....
"El reino de Dios que predicaba Juan, no está fundado en cosas materiales, sino en el alma humana, en el dominio espiritual".

.....
"Juan anula la ley y los profetas y prueba que todo culto exterior es inútil".

"Los Evangelios" páginas 65 y 66

León Tolstoy

Oración

La intolerancia religiosa castigó con la pena de la hoguera y las penas del infierno á los que ya venían á la vida penados de Dios mismo con la pena de no creer...

La intolerancia religiosa hoy todavía encendería, si pudiese, los divinos braseros para hacer decir entre retorcimientos de suplicio, á los hombres que sufren ya de por sí el inacabable suplicio de la duda, el "Creo en Dios padre, todo poderoso, creador del cielo y de la tierra... Creo en Jesucristo, su único hijo"...

¡Pobres hijos de Dios los demás, naturales pero no reconocidos!...

¡Crear!... ¡crear!... ¡Pero quién tiene más ansia de creer que los que no creen?

¡Qué más pena que, en vida tan corta y pobre, no poder acariciar la consoladora esperanza de lo ultraterreno!...

Dios mío, si es cosa tuya, guíame, dime dónde, señor, he de encontrar esa fé salvadora, que estoy cierto de que con ella me salvaré... porque, Dios mío, esos hombres que tanto nos hablan de la fé, ni la conocen, ni se salvarán...

¡Que más quisiera yo que creer con toda mi alma que tú, Compañera mía, me esperas en la otra vida y que me sonríes desde el Cielo!

Vicente Medina

Esperanza,

pan nuestro cotidiano:

¡Y por qué no ha de ser verdad el alma!
Qué trabajo le cuesta al Dios que hila
el tul fosfórico de las nebulosas
y que traza las ténnas pinceladas
de luz de los cometas incansables,
dar al espíritu inmortalidad!

¡Es más incomprensible por ventura
renacer que nacer! ¡Es más absurdo
seguir viviendo que el haber vivido!
¡ser invisible y subsistir, tal como
en redor nuestro laten y subsisten
innumerables formas, que la ciencia
sorprende á cada instante
con sus ojos de lince!

Esperanza, pan nuestro cotidiano,
Esperanza, nodriza de los tristes,

.....
.....
.....

¡verdad que he de encontrarme con mi muerta!
Si lo sabes, por qué no me lo dices!

Amado Neruo

Viajero

¡Será, el vivir, lo menos, como dicen!
un breve tránsito!
un pasar por la vida
momentáneo!...

¡Qué ha sido nuestra vida!
¡nada! un instante,
un reir pocas veces,
una constante y larga
lamentación...

Y en los felices, porque así los llamamos,
¡qué es la existencia!
Una conformidad, una paciencia,
una resignación
y una ideal aspiración extrema:
poder criar los hijos,
morir cristianamente...
¡poquita cosa!

¡Será la muerte el todo!
lo grande? lo sublime?
¡Dónde está el todo
y dónde está la nada!
¡Si á tí que te lloramos,
envidiarte debiéramos!
¡Estarás en el mundo de lo eterno!
del principal objeto de las cosas!
del suspirado fin
perfecto é infinito?
de lo bello, infalible, irreprochable!

¡Si pudieras, bien mío,
tú que estás ya en la Muerte,
revelarme el secreto!...
Yo impaciente, en la triste
estación de la Vida,
de tránsito en el viaje misterioso
á lo desconocido,
soy viajero que espera.

.....

Vicente Medina

Las ropas de la muerta

¡Cómo podremos expresar la impresión que nos producen las finas ropas de una mujer á quien hemos amado y que ha desaparecido hace tiempo, para siempre!

La mujer que vestía estas ropas que acabamos de sacar de un armario, ha iluminado, antaño nuestra vida. Con ella se fué nuestra juventud. Ni esa mujer ni nuestra juventud, volverán más.

"Al margen de los clásicos"

Asotín

Ausente

Ibs, maquinalmente,
á decirle á la nena el otro día:
"A la mamá tenemos que escribirle",
como si todavía te encontrases ausente
allá en aquellas playas á donde habías ido
buscando la salud... Y es que persiste
en mí la sensación consoladora,
no de que has muerto,
sinó que de nosotros te hallas ausente...

¡Y qué es sinó una ausencia, ésta la tuya,
puesto que vives más y más amada
en un dulce recuerdo á todas horas!
Ausente estás... Quitando
lo largo de esta ausencia,
otra ausencia cualquiera igual sería...
Aquellas playas
á donde á descansar has ido ahora
se hallan muy lejos...
Pero te escribiré y te escribiremos,
para que estés contenta,
todos los días igualico que antes,
contándote cosicas de la casa.

Las nenas están bien: ya la casada
cose otra vez ropitas para un nuevo
futuro nietecillo... y, seriamente,
prende en finos bordados y festones
con suspiros de tierna madrecita
las penas y alegrías del mañana...
En cambio la pequeña

todo lo toma á juego
y de correr como cabrica suelta
todo el día triscando,
se duerme por la noche
rendida en una silla...
Y yo las miro así... y, temeroso
del porvenir obscuro,
quisiera que la vida
en este punto y hora se parase
y verias siempre así: la una bordando
ternuras, encantada...
y la otra, inocente,
tomándolo en la vida todo á juego...

De la casa quisiera contarte algunas cosas...
Las plantas del jardín están á veces
mustias... parecen tristes,
faltas de tu cuidado cariñoso...

Los polluelos invaden
la casa solitaria y silenciosa
y atruénanla piando... Los mimaste
de tal modo en el halda,
que la lileca no logra cobijarlos...
Pían, pían errantes
echándote de menos...
buscan tus migajitas
y tu seno más suave que las plumas
en donde los metías ateridos...

Cuidamos los canarios
como recomendaste:
el que perdió un ojito
canta mejor que todos...
¡quizás de pena!

Vicente Medina

Volvemos

Volvemos... tú renaces... Los rosales y nardos
plantados donde estás tu jugo absorben
y, hecha flor y perfume, tú renaces
más bella y joven...

Amada jardinera, qué florido está el huerto
de tu santo retiro... ¡Bien se conoce
que en los fragantes nardos y en el rosal frondoso
toda tu vida pones!...

Amada jardinera,
hada flor y perfume que en el jardín te escondes,
te siento y no te veo...
te busco, y te confundo entre las flores...
¡De qué divina flor la corola es tu boca!...
¡Cuáles son de tus brazos los amorosos brotes!...

Volvemos... todo vuelve... ¡Vuelven, mi dulce amiga,
también las ilusiones!
Vuelvo á ver, de tu cara de novia ruborosa,
en la encendida rosa tus colores...
Tengo en mis manos y su aroma aspiro
un blanco nardo de esos en que tu vida pones...
¡es, en carne, tu carne tersa y blanca!
¡es su aroma, tu aliento que á mis besos responde!

Amada jardinera,
divinos, ideales, vuelven nuestros amores...
En tu jardín callado, igual que en otro tiempo,
fiel me esperas lo mismo de día que de noche...
Es mi amor ilusión y el tuyo aroma...
nuestras almas en puro idilio se recogen...
Volvemos... Todo vuelve... ¡Oh, nuestras amorosas
finas y delicadas atenciones!...
¡flores, amada mía, yo te traigo
y te desvives tú dándome flores!

Vicente Medina

Tristitia rerum

Abierto está el piano...
Ya no roza el marfil aquella mano
más blanca que el marfil.
La tierna melodía
que á media voz cantaba, todavía
descansa en el atril.
En el salón desierto
el polvo ha penetrado y ha cubierto
los muebles que ella usó;
y de la chimenea
sobre el rojo tapiz no balanea
su péndola el reloj.
La aguja detenida
en la hora cruel de su partida,
otra no marcará.
Junto al hogar, ya frío,
tiende su brazos el sillón vacío
que esperándola está.
El comenzado encaje
en un rincón, espera quien trabaje
su delicada red...
La mustia enredadera
se asoma por los vidrios y la espera
moribunda de sed...
¡De su autor preferido,
la obra, en el pasaje interrumpido
conserve la señal...
Aparece un instante
del espejo en el fondo su semblante...
Ha mentido el cristal.
En pavorosa calma
creciendo van las sombras... En mi alma,
van creciendo también.
Por el combate rudo
vencido al fin, sobre el piano mudo
vengo á apoyar mi sien.
Al golpear mi frente
la madera, sus cuerdas tristemente
comienzan á vibrar...
En la caja sonora
brota un sordo rumor... Alguien que llora
al verme á mí llorar...
Es un largo lamento
al que se liga conocido acento
que se aleja veloz...
En la estancia sombría
suena otra vez la tierna melodía
que ella cantaba siempre á media voz.

Ricardo Gil

Ahora que no te tengo

De lo que me falta á mí,
á darme cuenta comienzo...
de lo que me falta á mí
¡ahora que no te tengo!...

Lo que para mí valías,
hoy triste es cuando lo aprecio...
¡y es más triste el apreciarte
ahora que no te tengo!...

Más, cuanto más desgraciado,
más, cuanto más pobre y viejo...
¡quién me querrá así, cual tú,
ahora que no te tengo!

¡Quién atenderá en la mesa
mi cuidado y lo que prefiero,
dándome cariño en dulce,
ahora que no te tengo!

¡Quién pondrá, al cuidar mi ropa,
aquel cariñoso celo!...
¡ay mi pobre ropa blanca,
ahora que no te tengo!

Cuando la razón me falte,
para calmar mi mal genio
¡quién me dará la razón,
ahora que no te tengo!

En mis males y miserias,
¡quién venerará mi cuerpo,
como santa, como mártir,
ahora que no te tengo!

Las noches desapacibles,
esperando mi regreso,
¡quién velará en la ventana
ahora que no te tengo!

— 282 —

¡Y quién, en las noches frías,
á mi lado, junto al fuego,
se arrimará dulcemente,
ahora que no te tengo!

Y cuando triste me muera,
ahora que no te tengo,
¡quién me cerrará los ojos
y amortajará mi cuerpo!!

*
**

¡Para quién planto un rosal,
para qué quiero ser bueno,
para qué quiero la gloria,
ahora que no te tengo!

¡Para quién hago este ramo,
para quién hago este verso,
para quién son mis suspiros,
ahora que no te tengo!

¡Para quién, hasta mis labios,
del corazón llega un beso
y á quién le lloran mis ojos
ahora que no te tengo!

Versos y ramo y rosal,
lágrimas, suspiros, besos,
¡para tí son más que nunca,
ahora que no te tengo!

Vicente Medel

— 283 —

Abuelita Josefa

Nuestra hija ¡la pobre!
tan menudita y joven que aun parece una nena,
y madrecita ya...
Nadie, de no saberlo, se lo pensara al verla.
Como una virgencita de retablo,
de dar el pecho acaba á nuestra nieta
y luce sin recato, con maternal orgullo,
la ubre blanca y pequeña...
La rapaza, entre tanto, untados por la leche,
se relama los labios y bracea...
Á su hija le dice nuestro yerno,
engenido, cosas estupendas...
Y mirándolos yo, pienso en el gozo
que tendrías al verlos, si vivieras!...

Yo te imagino como nunca amante
y como nunca tierna
y abnegada y paciente como nunca
en tu papel de abuela...
Pienso cómo serías y arrobada te veo
contemplar á la nieta
y te veo tomarla
y te veo bañarla y envolverla
y besarle las carnes y entibiar sus pañales
en sahumo de incienso y ahucema...
Y te veo apanarle la carota
alisando tus dedos las sedositas greñas
y arrebataada en efusivo arranque
á tu seno te veo que la aprietas,
como si la venida de la leche
entrañable en tu seno la sintieras,
sintiéndote en tu vida y en tu alma
más madre, que su madre, de tu nieta.

Yo sé el rico tesoro de ternuras
que derrochado hubieras
y sé, aunque te sonrias,
que hasta ganado habrías en belleza...
Y aunque aún más te sonrias,
también quiero que sepas
que soñaba el encanto delicioso
¡de adorarte y gozarte como abuela!

* * *

Dios te tenga en el Cielo
y desde allí me veas...
Me falta tu compañía...
guía mi estrella...
¡Dios te tenga en el Cielo,
abuelita Josefa!

Vicente Medina

Velándote

Quise recogimiento
y quise santuario...
Con algarazas frívolas y chácharas
la solemne quietud no profanaron,
y la casa fué templo y tu cuarto capilla
y fué sante reliquia tu cuerpo venerado...

No quise velatorio...
Lo mismo que en la iglesia en Viernes Santo,
las voces fueron quedas
á tu lado
y fueron de puntillas
silenciosos los pasos...

No quise velatorio... Nuestros ayes y lágrimas
ni con vino ni risas se mezclaron...
y para estar á solas, más á solas contigo,
más pronto te llevaron...

Más pronto te llevaron...
Pronto nos recogimos,
pronto nos acostamos...
pero toda la noche
te velamos...
¡Velamos!...
¡Quién dormiría!... En la callada noche
y en su luto de sombras, te llorábamos...

¡Quién dormiría en nuestra pobre casa!...
¡Quién no te velaría! Se esencharon
toda la triste noche,
en los oscuros cuartos,
los ayes, los suspiros,
el llanto...

Ha un año que te has muerto...
Tengo sobre mi cama tu retrato...
Te veo, al acostarme, aun de cuerpo presente
¡y aun te sigo velando!

Vicente Medina

Las Oraciones

Como una letanía,
como un rosario,
como las oraciones,
siento piadosamente murmurar á mi lado:

"¡Qué buena era!... todos la querían...
Como cosa propia todos la lloramos"...
"Bendiciones solo
detrás ha dejado"...

"¡Qué generosa!...
abierta para todos su mano"...
"¡Qué caritativa!...
sus brazos,
de las criaturitas desvalidas,
amparo"...
"Que Dios también á ella
la haya amparado"...

"¡Qué mártir!... ¡qué sufrida!...
¡Qué encanto,
de dulce y de sencillo,
su trato!...
¡Qué prudente y callada!...
sus labios,
á todo resignada,
sellados!"...
"Era una santa!...
No estaba en este mundo su reinado!"

"Su palabra era luz y era consuelo...
guía en la noche de los descarriados
y blanda y amorosa
con los malos...
Su palabra era miel... miel para todos...
¡para los tristes, bálsamo!"...
"De virtudes
dechado,
era, si ángeles hay en esta vida,
uno de tantos..."
"Ya está en la gloria."

"¡Amén!"

"La merecía."

"Dios la tenga en el Cielo á su lado."

Vicente Medina

El día florido

(Canción)

Una mañanita
de un día florido,
una mañanita
te hallé en mi camino...
Me prendó tu cara,
me prendó tu cara,
más que por lo bella,
por lo que tenía de buena, bien mío,
y como se signe la luz de un lucero,
la luz de tus ojos siguieron los míos...

Una mañanita
de un día florido,
una mañanita
á la iglesia, mi bien, fui contigo...
Ibas encarnada igual que una rosa
y, tocando á bodas,
la campana sonaba á domingo...

Una mañanita
de un día florido,
de mi lado, mi bien, te ausentaste
y ya no te he visto...
¡á dónde te has ido! ,
¡Mi bien, ya no ha vuelto
la campana á sonar á domingo!
En la noche negra del dolor, á voces,
te llamo perdido...
en la noche negra del dolor te busco,
en la noche negra del dolor te sigo.
Voy sobre tus pasos...
Juntos en la vida, mi bien, hemos ido...
¡juntos en la muerte,
que iremos confío!...

Una mañanita
de un día florido,
una mañanita
te hallé en mi camino...
Volveré á encontrarte y una mañanita
de un día florido
en el mismo lecho
me echaré contigo...
No toquen á muerto, cuando estemos juntos...
¡que toquen á bodas!
¡sueña la campana de nuevo á domingo!

Vicente Medina